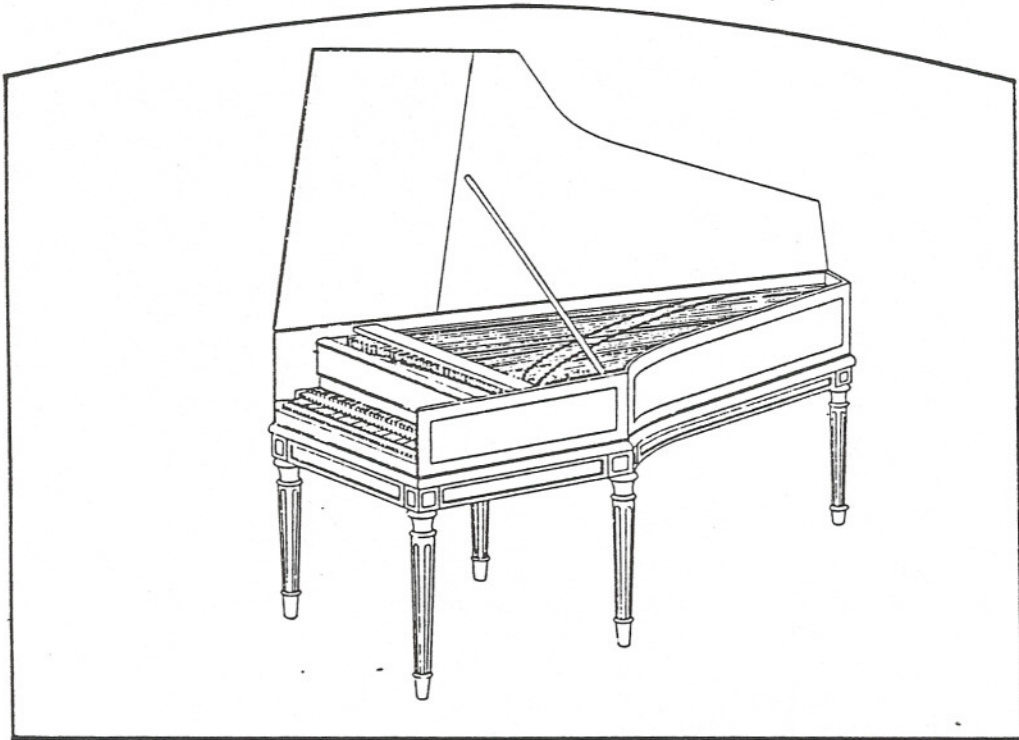


ELEMENTOS ORQUESTALES

2



El Clave

SERIE PARA TVE, IDEADA POR LUIS DE LA BARRERA

E L E M E N T O S O R Q U E S T A L E S

PROGRAMA 2. EL CLAVE (1)

Fecha prevista de emisión: 20.11.89

EL PROGRAMA COMIENZA CON LA EMISION DE LA CABECERA, QUE DA PASO INMEDIATAMENTE AL DOCUMENTAL QUE LLEVA COMO TITULO: EL CLAVE (1). EN LO QUE SE REFIERE A LAS IMAGENES, ESTARA COMPUESTO CON LAS RECOPIADAS DE LOS ARCHIVOS DOCUMENTALES DE TVE (FOTOGRAFICO Y AUDIOVISUAL) Y, SI ES PRECISO, CON MATERIAL GRABADO AL EFECTO. A SU VEZ, EL DOCUMENTAL, SE DIVIDIRA EN TRES PEQUEÑAS SECCIONES, QUE IRAN DIFERENCIANDOSE UNAS DE OTRAS MEDIANTE LA INSERCIÓN DE DETERMINADOS ROTULOS. ESTOS Y EL TEXTO QUE ACOMPAÑA A LAS IMAGENES SE EXPONEN A CONTINUACION:

- Físicos -

Se denomina cuerda vibrante a toda aquélla que, fijados sus extremos en dos puntos entre los que se encuentra en tensión, es susceptible de producir oscilaciones periódicas, denominadas vibraciones, al ser excitada por cualquier procedimiento. Si estas vibraciones son de una frecuencia audible, se puede hablar entonces de "vibraciones sonoras", propiamente dichas, o de cuerdas musicales si es a los elementos que las producen a los que se hace referencia.

Dependiendo de la longitud de dichas cuerdas, de su grosor, así como del material del que estén compuestas y de su mayor o menor tensión, el sonido resultante será más o menos grave o agudo y, también, más o menos opaco o brillante.

De las diversas formas en las que se puede hacer entrar a una cuerda en vibración, por frotación, percusión ó pulsación de la misma, es en esta última en la que se basa la producción de sonidos en el Clave.

- Inventores -

Poco se conoce sobre este instrumento con anterioridad al siglo XVI, aunque se tiene la certeza de que existían formas primitivas del mismo en fechas más lejanas. Así, hacia mediados del siglo XV, Arnaut de Zwolle, dejó descrito para la posteridad el procedimiento por el cual se generaban los distintos sonidos. Básicamente el funcionamiento es el siguiente: una baqueta de madera, denominada "martinete" está colocada entre la tecla y su cuerda. Es en el "martinete" donde se encuentra situado el mecanismo de pulsación, que está formado por una "lengüeta", colocada sobre una pieza recta de madera dura, y que puede bascular hacia atrás cuando la tecla es pulsada. Un resorte se encarga de mantenerla recta mientras se encuentra en la situación de reposo. Cada una de las "lengüetas" posee una hendidura en su parte superior donde está embutido el "plectro", especie de punta o púa, de cuero duro ó cañón de pluma y que es, propiamente, el elemento que se pone en contacto con la cuerda para hacerla vibrar mediante su pulsación. Unido al costado superior del "martinete", se encuentra un "amortiguador" ó "apagador", formado por un pequeño trozo de fieltro, que tiene la finalidad de paralizar la cuerda, para que no siga vibrando indefinidamente, una vez que ha sido pulsada.

Si bien se sitúa en Italia el nacimiento o primera etapa de evolución del Clave y de sus variantes, la espineta (de forma trapezoidal) ó el virginal (rectangular), ambos más primitivos y con una cuerda por tecla o nota, pronto se desarrollan otras escuelas de construcción, destacando en ello los Países Bajos, y, en concreto, la ciudad de Amberes donde, hacia

principios del siglo XVII, vivió la familia Ruckers, a la que se deben importantes innovaciones. Entre ellas destaca la introducción de un nuevo registro con el fin de modificar el timbre del instrumento y aumentar así sus posibilidades expresivas, que en el Clave se hayan condicionadas por su incapacidad en la realización de cambios progresivos de la intensidad sonora. También se les atribuye la creación de un segundo teclado, para facilitar, precisamente, estos cambios de color. A la adición de registros y teclados le acompañó, igualmente en su evolución, la ampliación en más octavas, de tal forma que, entrado el siglo XVIII, y por influencia de la escuela francesa, donde destaca el constructor Blanchet, un Clave podía disponer de hasta tres o cuatro registros distintos, accionados manualmente o por pedalera, y dos teclados de cinco octavas.

Este era el tipo de Clave que se impuso durante todo el siglo XVIII y representa el modelo clásico por excelencia, donde destacaron, en su construcción, alemanes como Hubert, Hass y Mietke e ingleses como Shudi y Kirkman.

El advenimiento del "pianoforte", a finales de ese mismo siglo, paralizó su evolución, pues los compositores encontraron en aquél a un representante más idóneo para llevar a la práctica sus ideas compositivas.

- Músicos -

Las primeras obras, compuestas ex profeso para el Clave, se deben a Bernardo Pasquini, músico italiano, nacido en Massa de Valnievole en 1637. Con él y sus discípulos, entre los que se encontraba Gasparini y quizá, también, Alessandro

Scarlatti, padre de Doménico, se abren paso las obras escritas para este instrumento, pues así queda indicado en la partitura para diferenciarlas de las compuestas para Organo.

Una de las personalidades más relevantes en la consolidación del clave es Johan Jakob Froberger, nacido en 1616, que, conocedor de los diversos estilos de la época, fue capaz de hacerlos coexistir en sus partituras, influyendo grandemente en todos los compositores de la época, a excepción de los ingleses.

Posteriormente, con Johann Kuhnau se establece la que puede denominarse escuela clavecinista alemana, que tendría a su máximo representante en Juan Sebastián Bach, sucesor de aquél, como organista, en la Iglesia de Santo Tomás, en Leipzig. A Bach se debe una gran parte de la mejor música escrita para este instrumento, destacando los "Cuarenta y ocho Preludios y Fugas para el Clave Bien Temperado", las "Invenciones y Sinfonías", "Seis Partitas" y las "Variaciones Goldberg", por citar algunas.

Paralelamente en Francia se desarrolla un tipo de música muy personal, de tipo galante, gracioso y delicado, sin menoscabo de un gran equilibrio y fuerza estructural. Son de destacar en este aspecto, y a lo que a música para Clave se refiere, los compositores Jean-Philippe Rameau, nacido en 1683, por otra parte gran teórico de la música y que dejó muestra de su sabiburía con la publicación del "Tratado de Armonía", y, ante todos, François Couperin, nacido en 1668, denominado "el Grande", que representa el máximo apogeo alcanzado por el clavecinismo francés. Su estilo compositivo, sin desarrollos temáticos amplios, revela sin embargo una personalidad

creativa que se desenvuelve libremente, sin encontrar ningún tipo de limitación, siendo, sin duda, los cuatro libros de "Piezas para clavecín", su demostración más evidente.

Otros países que desarrollaron la música para Clave fueron España y, en menor medida, Inglaterra donde sobresale la figura de Purcell que compuso un total de sesenta y seis obras para el mismo. En lo que se refiere a España, la época de esplendor llega bien entrado el siglo XVIII siendo uno de sus representantes más destacados el napolitano Doménico Scarlatti, que vivió en Madrid cerca de treinta años, donde también murió en 1757. Llevó a cabo su actividad musical en la Corte de Fernando VI y su obra se halla salpicada de un carácter netamente español, asimilado durante toda su vida en este país y puesto de manifiesto, ante todo, en las "Sonatas para Clave", que alcanzan, no obstante, proyección universal. La otra gran figura la constituye Antonio Soler, nacido en Olot en 1729. Soler fue Maestro de Capilla en la catedral de Lérida y posteriormente, también, de la Capilla del Monasterio del Escorial. Su obra, con clara influencia de Scarlatti, acusa, como es natural, un mayor arraigo en lo popular español y, si bien su lenguaje es, hasta cierto punto, conservador, revela un gran atrevimiento en la elección de cambios armónicos, a la vez que es alegre y desenfadado.

Por lo que se refiere a la inclusión del Clave en grupos instrumentales diversos, se debe al gran papel de elemento concertador que desempeñaba, sirviendo como acompañante en los "recitativos" o consiguiendo el equilibrio sonoro en los números de conjunto. Por ello su papel no era nunca

virtuosistico, aunque sobre él recayera la solidez y buena marcha del grupo. El mayor exponente de esta práctica lo encontramos en Corelli y, la misma, subsiste incluso en la música de Bach, aunque bien es cierto que, en algunos de los "Conciertos de Brandemburgo", ya se observan algunos síntomas de libertad interpretativa. Y es Bach el que inaugura la creación de conciertos específicos para este instrumento, de los que nos han llegado catorce, sentando con éllo las bases de lo que será una de las formas musicales más importante de todos los tiempos, que encontrará en el pianoforte, y en detrimento del Clave, a su más fiel aliado.

Es, efectivamente, la irrupción del piano la que termina con su hegemonía, de tal forma que, a finales del siglo XVIII, ya no se escribe prácticamente música para él, comenzando una clara etapa de decadencia.

Sin embargo, a comienzos de este siglo, algunos compositores, entre los que destaca Manuel de Falla con su magistral concierto, han vuelto a considerar sus posibilidades, dedicándose a escribir obras pensadas expresamente para el mismo, por lo que bien pudiera hablarse de un cierto renacimiento de la escritura musical a él consagrada.

UNA VEZ ACABADO EL DOCUMENTAL, SE INCLUYE EL LOGOTIPO DE LA SERIE, DANDOSE POR FINALIZADO ESTE CAPITULO.